La estructura quebrada

Antonia Martínez Carretero

La estructura quebrada

Antonia Martínez Carretero

avant
editorial

Primera edición, julio de 2023
© Antonia Martínez Carretero 2023

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN:978-84-19763-83-9
IBIC: FA
DEPÓSITO LEGAL:M-24788-2023

Dedico este libro a todos mis lectores sin excepción, esperando que les conmuevan la historia que narro a continuación

Mi apoyo a todos los que padecen enfermedades como la amnesia, el alzhéimer, demencia, parálisis, etc. Gracias a sus familias, cuidadores, enfermeros y médicos por hacer posible que sus vidas mejoren.

1

Asomaban los primeros rayos del sol a través de las ramas del olmo que había plantado en los jardines de la mansión Quinta Linda de la familia Keller en Lugano, Suiza.

Sofía sintió las primeras contracciones del parto. Era 21 de marzo de 1930, viernes y llegaba una niña preciosa. Su marido llamó a la matrona para que la asistiera en casa. Fue un parto natural.

Luca y Sofía llamaron a su hija Elena. Esta pasó una buena y tranquila infancia, ya que componían —entre los tres— una familia acomodada. Tenían dos ponis y cuatro caballos, y cuando Elena cumplió cuatro años comenzó a recibir clases de equitación sobre uno de los ponis, dos veces por

semana, por un profesor que vivía en un pueblo cercano.

Elena era hija única y tenía todas las atenciones y cuidados para ella sola.

Un día llegando con sus padres en coche del colegio, les comunicó que de mayor quería ser profesora; la educación la vistió y la regó de buenas maneras de comportamiento y clase, convirtiéndola en una jovencita adolescente elegante que acataba bien la enseñanza, para así dedicarse a ella en un futuro.

Pronto empezó a tener pretendientes y Alfredo, su primer amor, la llevaba flores silvestres a la salida de clase para que sus padres no lo supieran y la acompañaba hasta cerca de su casa. Elena decía que las flores las había cogido ella por el camino.

Más tarde, un día que el padre fue a revisar su auto, pilló a su hija Elena por los alrededores de la finca besándose con Alfredo y esperó a que se metiera en casa para hablar con ella. La dijo que era muy pronto para coquetear con chicos y que eso la podría repercutir en un futuro si no elegía al chico adecuado y definitivo; también por el qué dirán y porque se podrían preguntar con cuántos chicos había salido. Ella asintió y comprendió que tenía razón, bajo el punto de vista de un padre.

Elena tenía una tía llamada Micaela y unos primos con los que tenía un afecto mutuo, aunque se veían poco. Estos eran obreros, pues su clase era más baja.

Cuando Elena cumple los dieciocho años, pierde a su madre en un accidente de coche; esta iba sola conduciendo el auto. Luca se siente abatido por tal pérdida, así como culpable de no haberla dicho esa mañana «te llevo yo»; también se le une otra pena: el médico le diagnostica leucemia, así que de este modo va como alma en pena unos años.

Luca y Elena son más uña y carne que nunca porque se tienen que darse apoyo como padre e hija. Lo pasan muy mal unos años hasta que consiguen cicatrizar —entre comillas— el dolor y sobrellevar sus vidas con un poco de ánimo.

Luca sigue trabajando como banquero y su hija sigue preparándose para ser profesora de idiomas en el instituto. Debido a que siente pena por la pérdida de su madre, Elena se ve obligada a repetir dos cursos, por lo que termina la carrera más tarde que sus compañeros.

Pasados unos años, Elena se coloca a trabajar en un instituto de Suiza como profesora. En este país existe la unión de tres culturas como son la

francesa, la alemana y la italiana; predominan así cuatro idiomas, de los cuales Elena imparte dos: el francés y el italiano.

Cuando va levantando cabeza, su padre enferma más e ingresa en un hospital, en el cual muere del cáncer que le tiene consumido. Así que, de este modo, hereda la mansión de sus padres y la de sus abuelos que entonces pertenecía a sus padres.

Elena vuelve otra vez a deprimirse y casi no puede con su vida, por lo que tiene que coger la baja en el instituto. Asimismo, la mansión de sus abuelos la vende para que obren en ella un hospital. Ella sigue viviendo en la mansión que heredó de sus padres junto con la criada —Felicia— y además hereda el dinero que tenía su padre en el banco.

Pasa mucho tiempo cabizbaja porque quería mucho a sus padres y constituían un buen muro contra las adversidades.

Decide buscar a un pretendiente para que en un futuro sea su marido, con el fin de formar una familia; siempre fue el sueño de su vida y ahora lo era más porque se sentía muy sola.

Después de un tiempo vuelve a dar clases en el instituto y conoce allí a un profesor de matemáticas, a Mario, con el que comienza a salir. Se

empiezan a conocer y este la da bastantes ánimos y ternura por lo que Elena se encuentra mejor de salud. Una de las cosas que tenían en común Mario y Elena fue que, así como Elena había perdido a sus padres, los padres de Mario también habían muerto por culpa del cáncer.

Después de un año Mario le regala un ramo de flores silvestres, por lo que se acuerda de su primer amor; también le obsequia con un anillo de compromiso, lo cual hizo que se le dibujara una sonrisa en la cara. Las cosas la estaban saliendo bien, ya había conseguido ser profesora y estar comprometida para aumentar su felicidad.

Pasó otro año más y Mario le regaló un vestido con una chaqueta haciendo juego por el aniversario.

2

Pasado un tiempo, cuando a Elena la iban bien las cosas y volvía a sonreír, un día caminando por la calle de camino al instituto, de pronto se paró porque había olvidado quién era y dónde estaba. Deambuló bastante tiempo por la misma calle, de arriba abajo, sin saber dónde iba, hasta que afortunadamente un viandante que iba por la calle se dio cuenta de que algo la pasaba. La preguntó que si la ocurría algo o si se había perdido y ella no contestaba porque no sabía nada; había olvidado todo lo que era y todo lo que veía a su alrededor. Después de preguntarla varias veces y ver que no contestaba, llamó a un centro de salud para que llegaran con una ambulancia al sitio donde se encontraban y la examinaran.

Había sufrido un lapsus de memoria de repente, sin previo aviso y la diagnosticaron amnesia. Nunca antes tuvo problemas de memoria.

Desde ese día se acabó su vida.

Los médicos y los familiares que la quedaban empezaron a maquinar a sus espaldas con el fin de quedarse con todos los bienes de Elena. Sus tíos y primos la mentían diciéndole que era una obrera que nunca consiguió tener un inmueble y que ahora con su enfermedad tenía que vivir con ellos para poder mejorar. Así, entre los médicos, los familiares y la criada —para que esta no dijera nada— se quedaron con la mansión y el dinero que esta tenía en el banco.

Elena no volvió a hablar porque no tenía ningún pensamiento en la cabeza. No se acordaba de nada y todas las personas de su entorno se aprovecharon de ella. ¿Cómo pudieron hacerla esto?, ¿por qué no la pusieron una enfermera en la mansión, para que la cuidara?, son preguntas que si ella saliera de la amnesia y volviera a pensar y recordar se las haría ella misma.

Demostraron tener un corazón muy frío las personas que se quedaron con sus bienes y su dinero.

La pobre Elena se pasaba todo el día sentada sin hablar, sin pensar, sin recordar en el sofá de la casa de su tía Micaela y sus primos con los que compartía piso. Su vida era nula, estaba vacía, blanca pena que tenía que masticar todos los días sin ilusión y sin motivación.

A Mario nadie le avisó de lo ocurrido y estuvo dando vueltas desde su casa a la mansión Quinta Linda durante dos meses, pero nadie respondía al timbre cuando llamaba. Era muy raro que Elena rompiera la relación sin decirle nada, así que tuvo una idea: ir a contarlo a la Policía. Esta la buscó y, al encontrarla, los médicos les informaron de que Elena era una enferma de amnesia que decidió vender la mansión para irse a vivir con su tía, para estar protegida y bien cuidada. Respecto a Mario, dijo que ella se encontraba tan mal, que no tuvo ganas de despedirse de él. Así, la Policía fue al piso de la tía y encontraron a Elena muy desmejorada y como no consiguieron que respondiera a las preguntas que la hicieron, se fueron sin saber si ella consentía todo lo que les habían dicho los médicos.

De este modo, un policía empieza a sospechar que ella no ha consentido vender la casa y que la han vendido su tía y primos, para quedarse con el dinero de Elena; entonces abre una investigación,

primero en secreto, y no encuentra documentos que acrediten esto. Por ello, le piden a la tía el extracto del banco, donde figuran los últimos movimientos de los últimos meses.

La tía demuestra con papeles falsos que la cuantía de la venta de la finca Quinta Linda se encuentra en la cuenta de su sobrina Elena, así que, de este modo, la Policía desiste del caso y lo abandona.

Elena sigue cabizbaja, sentada en el sofá viendo la televisión e intentando entretenerse con algo que digan en algún programa, porque, como no piensa, no se entretiene y se aburre.

La tía la consiente porque se ha quedado con parte de su fortuna, la cuida y se ríe de ella por dentro. Sus primos se llaman Pedro y Pablo y son los únicos que a veces la hablan para así sacarla algún día una conversación y saber a la vez cómo se encuentra.

Pasan muchos años así. Elena sigue sin hablar y sin tener alguna mejoría, sólo piensa en cosas que ocurren en el presente, porque del pasado todavía no se acuerda de nada. Su vida se limita a desayunar, asearse, ver la tele, comer y dormir.

A Mario le informa un policía de que está enferma y que tiene amnesia, pero este sigue sin entender por qué no vive en el mismo sitio y la cuida

una enfermera, dado que tiene dinero suficiente para eso. Intenta saber de su paradero para ir a verla, pero nadie le informa. Sufre mucho esta situación porque no puede verla y le gustaría recordarla los buenos momentos que pasaron juntos.

No contento con la información que le da la Policía de Suiza, se lo cuenta a la Policía de Francia, que consigue después de mucho tiempo que él pueda ir a verla. Cada vez que iba lloraba al encontrarla en silencio, sin decir nada, sin acordarse de quién era él. Mario le recriminaba a Micaela el no haberle dicho dónde se encontraba Elena, porque seguro que así manejaba su dinero con la excusa de que la estaba cuidando.

Las tardes que iba Mario a ver a Elena hacía que esta se encontrara a gusto; escuchando lo que la contaba, se sentía querida, mimada y consentida. Él supo estar en las buenas y en las malas y, aunque ella seguía sin acordarse de quién era él, había una magia que les envolvía a los dos. Llámalo intuición. El universo conspiraba a favor de ellos.

Una tarde preparó Micaela té con pastas y Mario la daba de merendar a Elena metiéndola pedacitos pequeños de galletas en la boca despacito.

Cuando perdió la memoria también se traumatizó y por esas dos cosas no hablaba, así pasaban las tardes y Elena no mejoraba.

Una de las tardes que fue a verla la llevó flores silvestres y se quedaba horas mirándolas. Estaba vacía, sin recuerdos, sin dinero…

Mario lo llevaba mal, sentía impotencia de no poder hacer nada. Todos los días esperaba que Elena recobrara la memoria, que hablara, pero nada, pasaban los años y nada. Lo llevaba con mucha paciencia, una paciencia que le iba quemando. Todos sus planes de boda se quedaron por el camino, iban a casarse y a seguir dando clases en el instituto, llevar sus vidas en otra dirección, pero el destino les jugó una mala pasada.

Por otro lado, los médicos pensaban que si algún día se descubriera todo tendrían que ir a la cárcel, pero ya no podían dar marcha atrás.

A la siguiente tarde la llevó una tarta. Era tan agradecida que sin articular palabra se lo agradecía con la mirada, quedándose mirándole a los ojos fijamente.

Mario les decía a los alumnos de Elena, que esta seguía sin recordar nada. Todos en el instituto la echaban de menos. Algunas de sus alumnas prepararon una muñeca de trapo, semejando una

buena profesora, como lo era ella, para que Mario se la llevara cuando fuera a verla. La muñeca llevaba los colores que a ella más le gustaban, como eran el azul y el blanco con los que solía vestirse. También la compraron una caja de bombones.

Mario le hizo entrega de la muñeca y Elena la cogió entre sus manos mucho rato sin soltarla; al poco tiempo se puso a llorar porque la recordaba a ella. Tuvo esa pequeña mejoría porque se acordó de cómo era ella, aunque todavía no lograba recordar quién fue y lo que tuvo en la vida.

Mario seguía dando clases de Matemáticas y se colmaba de paciencia esperando que Elena recordara quién fue ella y quién era él. No se lo decía porque consideraba que era peor que se enterase de que había perdido la memoria. Además, si esperaban a que se acordara ella, sabrían en qué momento recobraba la memoria.

Ricardo, un médico arrepentido, la empieza a dar una medicación para que esté más lúcida, despierta y espabilada. Así, poco a poco empieza a estar mejor.

Un día que fue a verla Mario, Elena comienza a hablar y le pregunta:

—¿Quién eres? Llevo mucho tiempo recibiendo tu visita, pero no sé quién eres.